El Nacimiento en Belén



subsistens

“Y tú, Belén de Efratá, de ti me saldrá el que domine en Israel”

Miqueas, c. 5, v. 2

La ventana del mundo

Cuando hablamos de Belén hablamos de un lugar. Un lugar es Buenos Aires, un lugar es Venecia, un lugar es Londres. Y un lugar siempre circunscribe, limita, define. No puede uno estar en China y en Belén, a la vez y en el mismo sentido. Concebir un lugar sin concebir limitación es concebir que es posible la existencia de un triángulo cuadrado. Y sin embargo, y por lo mismo, los límites circunscriben la existencia de las cosas. Las ventanas son ventanas porque en sus límites nos permiten ver un más allá. De algún modo místico, permítaseme llamarlo así, sus límites nos permiten trascender de su intrínseca finitud. A fuerza de ser limitadas nos permiten algo ilimitado.

Siguiendo con la imagen, puede decirse que Belén fue para el mundo una ventana: la ventana a través de la cual se manifestó una verdad y una historia, la verdad e historia acerca de un Niño.

Aunque es cierto que no es nada nuevo lo que digo. Algo que es tan vulgar para nosotros, tan

cotidiano como comer milanesas o ver futbol. Oír de Belén, oír que ese niño era Jesús, oír "el niñito Jesús" suena tan cotidiano y hasta incluso aburrido para cualquier persona común. Y sin embargo, toda su elocuencia, toda su excentricidad y hasta incluso su fama, por decirlo así, se reduce a que en su seno nació un niño. ¿Pero saben qué? ¡Incluso eso es cotidiano y aburrido! ¿Quién no sabe que los niños nacen? ¿Qué tiene de extraordinario un nacimiento? Todos los días nacen niños, nosotros mismos un día nacimos. El mismo término "nacer", no nos dice algo nuevo. Más aún, es quizás una de las cosas más ancestrales de la humanidad. Nacer es tan humano como la mismísima humanidad. ¿No será quizás que su mismo carácter ancestral remita a algo extraordinario?

Los cristianos nos repetimos hasta el hartazgo que Dios se hizo hombre y que nació en Belén. Es algo que se ha anquilosado en nuestro pensamiento. Pero, ¿por qué Dios habría querido nacer en Belén? Antes aún, ¡¿Por qué Dios habría querido "nacer"?! ¿Por qué habrá querido entrar en nuestro mundo de ese modo

tan cotidiano y habitual para cualquier hombre? Más adelante voy a retomar este hecho psicológico de lo extraordinario en lo cotidiano, pero por ahora interesa particularmente la geografía y la historia.

Pues, esta es la historia. La historia de un nacimiento, la historia del Nacimiento. Y así la narra San Lucas:

> "Sucedió que por aquellos días salió un edicto de César Augusto ordenando que se empadronase todo el mundo. Este primer empadronamiento tuvo lugar siendo gobernador de Siria Cirino. Iban todos a empadronarse, cada uno a su ciudad. Subió también José desde Galilea, de la ciudad de Nazaret, a Judea, a la ciudad de David, que se llama Belén, por ser él de la casa y familia de David, para empadronarse con María, su esposa, que estaba encinta. Y sucedió que, mientras ellos estaban allí, se le cumplieron los días del alumbramiento, y dio a luz a su hijo primogénito, le envolvió en pañales y le acostó en un pesebre, porque no tenían sitio en el alojamiento.
>
> Había en la misma comarca unos pastores, que dormían al raso y vigilaban por turno durante la noche su rebaño. Se les presentó el Ángel del Señor, y la gloria del Señor los envolvió en su luz; y se llenaron de temor. El ángel les dijo: «No temáis, pues os anuncio una gran alegría, que lo será para todo el

pueblo: os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un salvador, que es el Cristo Señor; y esto os servirá de señal: encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre.» Y de pronto se juntó con el ángel una multitud del ejército celestial, que alababa a Dios, diciendo:
«Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres en quienes él se complace.»
Y sucedió que cuando los ángeles, dejándoles, se fueron al cielo, los pastores se decían unos a otros: «Vayamos, pues, hasta Belén y veamos lo que ha sucedido y el Señor nos ha manifestado.» Y fueron a toda prisa, y encontraron a María y a José, y al niño acostado en el pesebre. Al verlo, dieron a conocer lo que les habían dicho acerca de aquel niño; y todos los que lo oyeron se maravillaban de lo que los pastores les decían. María, por su parte, guardaba todas estas cosas, y las meditaba en su corazón. Los pastores se volvieron glorificando y alabando a Dios por todo lo que habían oído y visto, conforme a lo que se les había dicho.”[1]

Ciertamente el relato del Nacimiento es complejo y policromático. Es más que una tragedia griega o una ópera de Mozart. Es drama, tragedia, es comedia. Es

1 S. Lucas, c. 2, vv. 1-20.

todo eso y más. Lo que a mi particularmente me interesa de esa magnífica obra es Belén.

Lo cierto es que Belén no es cualquier lugar. No es Buenos aires, tampoco es Venecia y Londres está lejos de ser Belén. En aquel árido y alejado pueblito al sur de Jerusalén se produjo el Nacimiento. Y es este Nacimiento el que da sentido a Belén. Belén es el *locus* de un hecho habitual como lo es un nacimiento; nacimiento que constituye, sin embargo, el más inusitado de los hechos.

Cuando Dios entra en este mundo no lo hace como una vaga abstracción filosófica, como una idea perdida en las nubes. Cuando Dios entra en este mundo entra en Belén. En un lugar, en un límite bien definido. *"Jesús no ha nacido y comparecido en público en un tiempo indeterminado* -dice Joseph Ratzinger-, *en la intemporalidad del mito. Él pertenece a un tiempo que se puede determinar con precisión y a un entorno geográfico indicado con exactitud: lo universal y lo concreto se tocan recíprocamente. En él, el Logos, la Razón creadora de todas las cosas, ha entrado en el*

mundo. El Logos eterno se ha hecho hombre, y esto requiere el contexto del lugar y del tiempo."[2]

Y es en ese momento donde Belén deja de ser simplemente un lugar más en el mundo, para convertirse en algo profundamente significativo. Belén es la ventana por la cual el mundo fue transformado en algo nuevo. Y, en el mismo sentido, es desde Belén donde el mundo puede verse de un modo completamente nuevo.

El cruce de caminos

Belén es, desde todo punto de vista, un cruce de caminos. Se dice que "todos los caminos conducen a Roma", pues yo digo que todos los caminos conducen a Belén. Algo así dice Chesterton al decir que "*Belén es, enfáticamente hablando, el lugar donde los extremos*

2 *La infancia de Jesús*, Ed. Planeta, pág. 71

se tocan"[3]. Belén es todo un gran entramado de paradojas magníficas.

En primer lugar, porque allí es donde el cielo y la tierra se tocan. En sus entrañas, en la oscuridad de una caverna penetró la luz. Así lo canta proféticamente Isaías:

> "¡Arriba, resplandece, que ha llegado tu luz, y la gloria de Yahveh sobre ti ha amanecido!
> Pues mira cómo la oscuridad cubre la tierra, y espesa nube a los pueblos, mas sobre ti amanece Yahveh y su gloria sobre ti aparece. Caminarán las naciones a tu luz, y los reyes al resplandor de tu alborada. Alza los ojos en torno y mira: todos se reúnen y vienen a ti. Tus hijos vienen de lejos, y tus hijas son llevadas en brazos. Tú entonces al verlo te pondrás radiante, se estremecerá y se ensanchará tu corazón, porque vendrán a ti los tesoros del mar, las riquezas de las naciones vendrán a ti."[4]

---

3 Chesterton G. K., *El hombre eterno*, Ed. Club de lectores, pág. 204.

4 Isaías, c. 60, vv. 1-5.

Por otro lado, no es menos elocuente el Prólogo de San Juan al comparar la Palabra con la "luz":

> "En ella estaba la vida y la vida era la luz de los hombres,
> y la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la vencieron"[5].

Por un instante en la historia, el cielo se hizo presente en la tierra. Aún más, el mismo cielo penetró en las entrañas de la tierra. La luz no venía de arriba, sino de abajo. Así lo dice Chesterton en el *Hombre eterno*:

> "Cristo nació, no sólo en la superficie del mundo, sino "dentro del mundo". El primer acto del divino drama se desarrolló, no ya en el escenario superficial a la vista del espectador, sino en un escenario obscuro y escondido, lejos de la luz; y esta es una idea muy difícil de expresar de una manera artística. Los artistas de todos los tiempos, cuanto más sabían de realismo y perspectiva, menos podían pintar, al

5 S. Juan, c. 1, vv. 4-5.

> mismo tiempo, los ángeles en el cielo y los pastores en las colinas, y la gloria en la obscuridad, debajo y dentro de esas colinas. Quizá hubiera sido mejor, recurrir al medio de los gremios medievales, y pasear por las calles un teatro con ruedas, compuesto de tres partes: el cielo, y después la tierra, y más abajo el infierno. Pero lo extraño, en el caso de Belén, es que el cielo estaba debajo de la tierra."[6]

En segundo lugar, Belén es el encuentro entre lo viejo y lo nuevo, entre lo ancestral y la primogenitura, entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. En la anunciación se le dice a María que dará a luz un hijo a quien "*se le llamará el Hijo del Altísimo y el Señor Dios le dará el trono de David, su padre, reinará sobre la casa de Jacob por los siglos y su reino no tendrá fin*"[7]. En él se da cumplimiento a una promesa antiquísima, latente en el corazón del pueblo elegido. Al mismo David se le había dicho: "*Tu casa y tu reino durarán por siempre en mi presencia y tu trono durará para*

---

6 Ed. Club de lectores, Pág. 206

7 S. Lucas, c. 1, vv. 32-33.

siempre" (2 S 7, 16).[8] Por otro lado, constituye el cumplimiento de lo que se le había anunciado a Abraham, pues "*con su nombre se bendecirán todos los pueblos de la tierra*" (Gn. 18, 18).

Y si aún nos remitimos a los tiempos de las tradiciones romanas, donde el pueblo y el mito, donde la tradición pastoril y el hogar son una y la misma cosa no son vanas las palabras de Virgilio: "*Incipe parve puer, risu cognoscere matrem*[9]". El mundo estaba

---

8 Cfr. S. Tomás, S. Th., III, q. 35, a. 7

9 Virgilio, *Bucólicas*, IV, vv. 60-62. La traducción de este versículo de las Églogas virgilianas le saca canas a los críticos. Un estudio muy interesante de María Delia Buisel titulado "*Traducción e interpretación: Problemas presentes en la IV Égloga de Virgilio*", señala (en sus páginas 17-18) el problema particular del "*risu*" al presentarse de modo ambiguo, sin ningún elemento que indique quién es la persona que ríe, si el niño o la madre. Sin embargo, en razón de la filiación divina del niño (pues su padre es Júpiter) sería primero él quien ríe, mostrando así su *virtus* divina. Este es el link para poder verlo en la web: http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.6308/pr.6308.pdf

expectante, sostenido en un silencio profundo, pero silencio mortecino, pues mostraba su condición decrépita inmersa en un paganismo que, en el mejor de los casos, dejaba incompleta la psicología humana. Vale decir, "*la mitología tiene muchos errores; pero no ha andado equivocada al ser tan carnal como la Encarnación*."[10]

En tercer lugar, la pobreza de Belén e incluso la pobreza del Nacimiento no tienen valor alguno, y esto en razón de su infinita sobreabundancia. Para el cristiano, la humildad es siempre motivo de grandeza espiritual. Pero por lo mismo que es espiritual es que es contraria al "*espíritu del mundo*". Cuando toda la fuerza de este "espíritu del mundo" atentaba contra Él, cuando del todo parecía estar acorralado, no impone la fuerza de la mano, sino la fuerza de la sencillez. Cuando todos le niegan un "*locus*", cuando todo rechaza de su

---

10 Chesterton, G. K., *El hombre eterno*, Ed. Club de lectores, pág. 210.

mansa presencia se abaja a las mismas profundidades de la tierra. Al respecto dice Joseph Ratzinger:

> "Ya desde su nacimiento, él no pertenece a ese ambiente que según el mundo es importante y poderoso. Y, sin embargo, precisamente este hombre irrelevante y sin poder se revela como el realmente Poderoso, como aquel de quien a fin de cuentas todo depende."[11]

Esta es precisamente la imagen de pobreza extrema que nos muestra el Niño envuelto en pañales y a lo cual comenta San Juan Crisóstomo:

> "Además, si hubiera querido, pudo venir estremeciendo al cielo, agitando la tierra y lanzando rayos. Pero no vino así porque no quería perdernos, sino salvarnos, y quería también desde el primer momento de su vida abatir la soberbia humana. Por esto, no solamente se hace hombre, sino hombre pobre, y eligió una Madre pobre, que carecía incluso de cuna en donde poder reclinar al recién nacido."

---

11 Ratzinger, Joseph, *La infancia de Jesús*, Ed. Planeta, pág. 73-74

Él se hizo Niño, es decir, indefenso y débil en todo, y en todo sometido a cuanto le rodeaba. Pero en esto podemos decir que en todo se hizo semejante a nosotros, pues a excepción del pecado, todo cuanto implica la deficiencia de nuestra naturaleza fue asumida por el Niño en el pesebre. Dice Chesterton que "*sería inútil el tratar de decir nada original, nada nuevo, acerca de la concepción de una divinidad nacida como Jesucristo, un caído sin hogar y sin ley, y precisamente con los atributos de la máxima ley y del máximo deber hacia los pobres y hacia los sin ley*"[12]. Es importante señalar, sin embargo, que la pobreza a la que estuvo sometida Jesús no fue sólo la pobreza material, sino, y ante todo, la pobreza espiritual, esto es, aquella sutil paradoja de ser desposeído de todo cuanto no enriquece el alma, y rico en todo cuanto sea noble a los ojos de Dios. No es otra cosa lo que dice Jesús en el Monte:

---

12 Chesterton, G. K., *El hombre eterno*, pág. 207.

> “Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos.”[13]

Los pobres de espíritu son los primeros en las Bienaventuranzas, por lo mismo que son los primeros en entrar al Reino de los Cielos. Al decir de San Jerónimo: *“Bienaventurados los pobres de espíritu, esto es, los que por obra del Espíritu Santo se hacen pobres voluntariamente”.* ¿Y quién es más pobre, en este sentido profundamente espiritual, que el mismo Cristo, sometido estrechamente a la voluntad del Padre?

Es en este sentido donde Belén cobra un significado interesante: Belén no es solo símbolo de pobreza material (cosa que así era), sino también de pobreza espiritual. Esto cita Santo Tomás en S.Th, III, q. 35, a. 7, ad. 3:

> “A la tercera hay que decir: Como se lee en un *Sermón* del Concilio de Éfeso, *si hubiese elegido la grandiosa ciudad de Roma, hubiera pensado que el cambio del mundo obedeció al poder de sus*

---

13 S. Mateo, c. 5, v. 3.

ciudadanos. Si hubiera sido hijo del Emperador, hubieran atribuido sus frutos al poder. Sin embargo, para que se supiese que la divinidad había transformado el orbe, eligió una madre pobre y una patria todavía más pobre".

Por otro lado, y aunque no pueda explicar en extensión todas las paradojas que se manifiestan en el hecho sagrado del Nacimiento, es importante señalar la última paradoja, y quizás la más profunda: Aquel que nace hambriento y necesitado de alimento, es quien precisamente se dará como alimento para la salud de la humanidad. Con cierta elocuencia dice Ratzinger:

"El pesebre es donde los animales encuentran su alimento. Sin embargo, ahora yace en el pesebre quien se ha indicado a sí mismo como el verdadero pan bajado del cielo, como el verdadero alimento que el hombre necesita para ser persona humana"[14].

---

14 Ratzinger, Joseph, *La infancia de Jesús*, pág. 75. Cfr. S. Juan, c. 5, vv. 49-56

Este Niño, así sometido al alimento del mundo, es el mismo alimento que da plenitud a la vida cristiana. La pequeñez del Niño da la grandeza al hombre, su indigencia nuestro auxilio, su imperfección nuestra perfección. Esta magnífica paradoja constituye un eje central en la vida cristiana. Aquel que dijera, en un tono aparentemente soberbio, "*el que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna*"[15] es quien se ha hecho a sí mismo el más humilde de los hombres. Fue tan grande que fue Niño.

Belén, una divina poesía

Ya dije al comienzo de este escrito que en Belén sucedió un hecho de lo más ordinario, como lo es el nacimiento de un niño. Sin embargo, la creatividad divina nada tiene que ver con la creatividad humana. Dios no necesita hacer algo obviamente extraordinario para manifestar su elocuencia poética. Podría haber

---

15 S. Juan, c. 6, v. 54.

bajado del cielo con un arnés o en una tirolesa y habría sido absurdamente extraordinario. Podría haber aparecido mesiánicamente en una nave espacial totalmente extraña a los habitantes de Belén y habría sido absurdamente extraordinario. Pero no hubiese sido en absoluto creativo, y menos aún poético. Esto es así precisamente porque Dios disfruta de lo cotidiano. Simplemente no rechaza lo que poéticamente ya ha hecho, lo que poéticamente sigue haciendo. La cotidianeidad de los hechos, su absurda repetición manifiestan un vulgar aburrimiento. La cotidianeidad sólo se torna aburrida a los ojos del hombre. Dios no se cansa de la repetición. Como los niños, no se cansa de pedir un "otra vez". No puedo omitir aquel genial fragmento (cierto que extenso, pero no falto de genialidad, puedo asegurarlo) de la *Ortodoxia* de Chesterton, en el que en un diálogo interior discurre sobre este asunto que estamos tratando:

> "Pero la repetición en la naturaleza, a veces parecía ser una repetición enervada, como la del maestro de escuela enfurecido, que repite la misma cosa una y otra vez. El

pasto parecía señalarme con todos los dedos a un tiempo; la multitud de estrellas parecían inclinadas buscando comprensión. El sol se me mostraría siempre, aunque salga mil veces. La repetición del universo llegó a adquirir el ritmo enloquecido de un encantamiento; y comencé a vislumbrar una idea.
Todo el imponente materialismo que domina a las mentes modernas, descansa ulteriormente en una presunción; en una presunción falsa. Se supone que es muerta una cosa que constantemente se repite; algo como un engranaje relojero. La gente siente que si el mundo fuera personal variaría; si el sol tuviera vida, bailaría. Esto es un sofisma, aún si se le relaciona con hechos conocidos (...)
(…)El sol se levanta cada mañana; yo no me levanto cada mañana, pero lo que me diferencia de él no es mi actividad sino mi inacción. Y para exponer el punto en una frase popular, podría decir que el sol se levanta regularmente porque nunca se cansa de levantarse. Podría observarse lo que quiero decir, por ejemplo en los niños, cuando descubren un juego o una broma que les proporciona especial alegría. Un niño se golpea rítmicamente los talones, a causa de un desborde y no de una carencia de vida. Porque los niños rebosan vitalidad por ser espíritu libres y altivos; de ahí que quieran las cosas repetidas y sin cambios. Siempre dicen "hazlo otra vez"; y el grande vuelve a hacerlo aproximadamente hasta que se siente morir. Porque la gente grande no es suficientemente fuerte para regocijarse en la monotonía. Pero tal vez Dios sea bastante fuerte para regocijarse en ella. Es posible que Dios diga al sol cada mañana: "hazlo otra vez", y cada noche diga a la luna: "hazlo otra vez”. Puede que todas las margaritas sean

iguales, no por una necesidad automática; puede que Dios haga separadamente cada margarita y que nunca se haya cansado de hacerlas iguales. Puede que Él, tenga el eterno instinto de la infancia; porque pecamos y envejecimos, y nuestro Padre es más joven que nosotros. La repetición en la Naturaleza puede no ser un mero recomenzar; puede ser un teatral "todavía". El Cielo puede decir "todavía", al pájaro que puso un huevo.
Si el ser humano concibe y trae al mundo un niño humano, y no un pez, ni un murciélago, ni una quimera, la razón no puede ser que estemos encaminados a un destino animal, sin vida y sin motivo. Puede ser que nuestra pequeña tragedia haya conmovido e interesado a los dioses que la admiren desde sus galerías estrelladas, y que al fin de cada drama humano, el hombre sea llamado una y otra vez a escena."[16]

---

[16] Ed. Porrúa, pág. 34-35. Esta es una idea frecuente en los escritos de Chesterton, por ejemplo en el *Napoleón de Notting Hill* dice: "Si todo es siempre igual, se debe a que todo es siempre heroico. Si todo es siempre igual, se debe a que todo es siempre nuevo. Los hombres se cansan de lo nuevo, de modas, proyectos, mejoras y cambios. Lo que asusta y embriaga es lo viejo. Lo viejo es lo joven. (...) Los que nos inclinamos por lo viejo, somos en cambio dotados por la naturaleza de una infancia perpetua. Ningún enamorado cree que otro pueda haberse enamorado antes que él. Ninguna mujer que da a luz cree que antes que el suyo ha habido otros niños. Ningún pueblo que lucha por su ciudad carga con el fardo de los imperios caídos. Sí, oh oscura voz, el mundo siempre es el

Sólo que un día, fue llamado a escena un Niño que aún estando inmerso en la cotidianeidad de lo típicamente humano transformó de una vez y para siempre todo lo que significa nacer. El Nacimiento transformó no sólo la inmensidad del orbe, sino también la pequeñez de las cosas humanas. La repetición llegó a ser no sólo algo humanamente perceptible y hasta deleitable, pasó a ser un sacramento más.

Pues somos nosotros, los hombres, los asesinos de la creatividad divina. Somos nosotros los que, como si mascaramos un chicle, hacemos insípidas las cosas y sus nombres y luego los tiramos. Pervertimos la magia de las cosas mismas cuando pervertimos la relación que guardan con su nombre. Hablamos diariamente de nacimientos, y ya no saboreamos la dulzura del mismo hecho. Hicimos de las cosas y sus nombres algo descartable. "*En la mayoría de los casos* -dice

---

mismo, porque es siempre inesperado". Ed. Pre-textos, pág. 221-222

Chesterton- *el nombre no es poético pero el hecho sí lo es*", y más adelante continúa: *"...lo frecuente es que las cosas corrientes sean poéticas; lo que no es frecuente es que lo sean los nombres corrientes".*[17]

De este modo, la grandeza y hasta brutalidad del hecho divino del Nacimiento da un fuerte sentido poético a Belén. En el mismo momento en que asumimos ser *"hijos de Dios"*[18] y *"hermanos en Cristo"*[19] asumimos que Belén es nuestra patria. Si nacimos, por el bautismo, en Cristo, debemos asumir que su tierra, su *locus*, es nuestra tierra y nuestro *locus*. Y así es como Belén adquiere un tono no sólo poético, sino hasta romántico. En Belén y con el Niño nació una nueva humanidad. En Belén recibimos nuestro primer amor, aquel primer amor que *entró al mundo*. En Belén aprendimos a amar a un Niño.

---

17 *Herejes*, Ed. El Cobre, pág. 36-40

18 Rom., c. 8, vv. 14-16

19 Ibid., v. 29